

PÉREZ DE MONTALBÁN, JUAN (1602-1638)

EL PALACIO ENCANTADO

Ya la noche había acabado de entapizar con sus sombras toda la tierra cuando pasando por los montes de Epiro, isla abundantísima de Grecia, el príncipe Cloridano, hijo de Lisímaco rey de Acaya, oyó cerca de sí quejarse una persona que en lo delicado de la voz y en lo afectuoso de las razones, conoció ser mujer; y más adelante como en distancia de cincuenta pasos, dos hombres que con mudo silencio parecía estar cavando las duras entrañas de la tierra. Y aunque el deseo que llevaba de ver a la hermosa Fénix, única princesa de Tracia, de quien enamorando por un retrato, no la consentía detenerse a nada. Con todo esto, su ardimiento era tanto que le obligó a no pasar adelante sin saber del misterio de aquellas quejas. Y así dejando el caballo atado a un tronco por ir más secreto, empezó a caminar por la verde selva hacia la parte donde las dolorosas voces la guiaban, cuyo dueño a poco trecho halló que era una gallarda dama, que tendidos los cabellos, vendados los ojos, preso los pies, atadas las manos y vuelto a los cielos el encubierto rostro decía:

“¿Cómo es posible, o inmortales dioses, que permitáis se ejecute a vuestros ojos la más nueva y bárbara atrocidad que ha cabido en humanos pechos? Si sois los soberanos fiscales de nuestras acciones, y con tantos ojos como estrellas las estáis penetrando, o para satisfacerlas siendo lícitas o para castigarlas siendo injustas, ¿cómo tenéis suspensos los rayos, en ocasión que mi inocencia pide venganza a vuestra justicia de aquellos inhumanos verdugos que están previniéndome la sepultura entre los enjutos terrones de aquestas penas? Muchos sin duda deben de ser los delitos con que he ofendido vuestros altares, pues me falta la defensa que en semejante ocasión habéis ofrecido a quien os ha llamado, aun no con tanta razón como yo tengo. Si bien, aunque mis culpas merecieran cualquiera pena, pareceme que bastaba para castigo quitarme la vida, mas no quitármela con tanto escándalo de mi honra. Muero yo, muriera digo, pues gustáis de ver mi sangre derramada; mas ya que muriera, fuera con la pompa debida a mi calidad. Pues bien, sabéis que solamente los emperadores y las vírgenes deben enterrarse dentro de la ciudad, y no en los campos. ¿Qué pirámides o que columnas son las que se han de poner en mi sepulcro, como los antiguos hacían en los funerales de las personas ilustres? ¿Qué hogueras son las que me aguardan, para que me conviertan en ceniza, como observaron los romanos siendo Lucio Sila el primer inventor de esta ceremonia? ¿Qué pontífice ha de asistir a mis exequias, que se parezca al que introdujo Numa Pompilio? ¿Qué oración funeral me espera, cómo la que hizo Valerio Publicola en la muerte de Bruto? ¿Qué juegos gladiatorios como los que trazaron Marco y Decio para festejar su difunto padre? ¿Qué convite suntuoso para templar el dolor de los que me lloran si lo supieran? ¿Qué flores, aunque hay hartas en esta selva, son las que se han de derramar sobre mis huesos, como con Scipión hizo el pueblo romano? ¿Cuál ha de ser el pariente que me cierre los ojos en este violento castigo, si vive tan ajeno de piedad él que le comete, que tiene

cerrados los suyos para matarme? ¿Dónde está la túnica de blancos tafetanes que en señal de mi castidad ha de ponerse sobre mi cadáver, si con la misma vestidura que me hallan, quieren entremeterme con la tierra? ¿Qué es de las vírgenes y los mancebos que han de acompañarme cantando himnos alrededor de mi ataúd, como refiere Platón que se hacía en su patria? ¿Cuál ha de ser de estos dos tiranos el que cuide de embalsamarme con cera, para que dure mi bulto más largo tiempo, si su deseo es de que en un instante se disuelva para que no salga a la luz la infamia de este sacrilegio? Ay de mí, ay de mí, que sólo tendré por adorno de mi sepulcro en vez de olorosos aromas, el espeso humo de la niebla, con que por la vecindad que tiene este monte con el río, se ve fatigado cada mañana y en lugar de la hiedra, laurel, ciprés y enebro, duros peñascos, que sin aliño me sepulten eternamente, para que no se castiguen los fieros agresores de esta temeridad sangrienta, si no es ya que las aves, quizá compadecidas de mis ansias, digan en su lengua a los pasajeros, ‘aquí ya hace difunta Ismenia, sin más culpa que haber nacido, en opinión de algunos, hermosa y tener un hermano ambicioso del cetro que no le pertenece’”.

Así se quejaba la triste dama, esperando por puntos el último paso de su tragedia, cuando sintiendo ruido, porque se iba acercando Cloridano, pensando que era alguno de sus enemigos le dijo, “si es hora, o cruel Melandro, de manchar el cobarde acero con mi inocente sangre y vienes a ejecutar la vil sentencia que contra mi ha dado vuestra malicia, no sin ofensa de los sagrados dioses, que lo están mirando, acaba de llegar y pásame este tierno pecho, para que tú que dices que me has querido y mi hermano tiene obligación de quererme, que quedéis satisfechos y vengados de quien nunca trató de ofenderos. Pues, no fue ofensa para mi hermano el nacer yo primero, no para ti, el no quererte por marido, habiendo sido estrella mía amar al valiente Aristeo, tan valiente y tan mi amante, que si llegara a imaginar semejante traición, a buen seguro, que primero salpicara con vuestra sangre aquestos peñascos que permitir tan grande alevosía. Pero no importa, no, que él lo sabrá algún día; o porque estas flores quizá ofendidas del nuevo modo de regarlas, o esas aves que aunque mudas desde las celdas que tienen en los árboles lo están acechando, o esos cielos que son los más abonados testigos se lo dirán. Y no, no digo a vosotros solos, que sois poca vida para su cólera, sino a vuestros deudos, amigos y privados, dará mil muertes para satisfacer la que venís a darle, pues no sé yo que haya diferencia entre matar a Ismenia y quitar la vida a Aristeo”.

“No soy, señora”, respondió entonces el príncipe, “ninguno de vuestros contrarios, sino un caballero que atravesando acaso por esta isla, ha tenido a suma ventura hallarse en ocasión tan apretada para defenderos; y así mirad si queréis veniros conmigo, adonde más segura os burléis de vuestro amante y de vuestro hermano, que por los que denantes os escuché, conozco que lo son aunque no lo parecen, o tenéis por mejor acuerdo que los espere para que esa misma sepultura que están fabricando a vuestra belleza, trocándose la suerte, les venga a servir a ellos de túmulo”. “Lo segundo”, respondió Ismenia, ya más consolada con el nuevo socorro, “es peligroso y aun imposible porque aunque al parecer no son sino dos los que me tienen de esta suerte, vienen tan prevenidos de armas que pueden reñir como muchos. Y así, pues os queréis aventurar tan hidalgamente en la defensa de mi persona, os suplico elijáis el primer medio que propusiste, rompiéndome estos grillo que tengo en pies y manos para que después procuremos, si el cielo nos lo permitiere, escondernos o alejarnos aparte, que desvanecidas las esperanzas de mis

enemigos podamos contar a las piadosas orejas de otras naciones la inhumana temeridad que han intentado contra mi vida”. Apenas oyó Cloridano el prudente discurso de Ismenia, cuando sacando un cuchillo de monte, cortó el repetido cáñamo que la embarazaba, y ella apartándose con la entumidas y blancas manos el transparente velo del rostro, le dio a entender con los ojos y con las palabras, cuan reconocida estaba al favor que le había hecho. Y así por excusar Cloridano las ceremonias que el mundo llama correctas, nacidas entonces más de la verdad que de la lisonja, y dar principio a su fuga, tomándola por la mano, con todo silencio la guió donde estaba su caballo. Y puestos en él entrambos, en confianza de ir Ismenia muy bien abrazada del príncipe, empezaron a caminar con tan buena fortuna que dentro de cuatro horas se hallaron a vista de un pueblo, aunque no muy dilatado suficiente para albergarse y defenderse de sus contrarios. Mas aunque el cansancio del príncipe era grande y la comodidad de Ismenia no muy buena, les pareció mejor acuerdo no quedarse en el lugar, ni aun entrar por él, por si acaso los seguían, viendo que no les daba nuevas de ellos sus moradores, volviesen atrás sin esperanza alguna de hallarlos. Y así torciendo el camino y dejando a un lado la pequeña aldea, pasaron adelante, hasta que el día los halló junto a una cabaña de pastores, donde se apearon y dejando el caballo a que descansase del camino en un verde y ameno prado, que le convidaba con agua e hierba. Hablando Cloridano al mayoral, y prometiendo pagar el hospedaje liberalmente, hizo poner la mesa con manteca fresca y algunas frutas en tanto que se aderezaba un cordillero que llevaron desde los pechos de su madre, a que probase los rigores del cuchillo. Almorzaron los caminantes, dándose el uno al otro muchas gracias; ella de haber cobrado por él la vida y él de verse tan honrado y favorecido de su hermosura. Y reparando en que caminar con Sol, era tan difícil para su intento como peligroso para su salud, determinaron pasar allí el día, retirándose ella a la frescura de un arroyo, que por no inquietarla corrió de allí adelante más quedo; y él a la sombra de un álamo, procurando llamar al sueño que se precia tan descortés algunas veces que nunca viene menos que cuando más le están llamando. Pusiéronse a dormir pero no durmieron, aunque de ello tenían necesidad, porque Ismenia la combatían diversos pensamientos, viéndose lejos de su patria y con un hombre que si bien la había dado la vida. En efecto no sabía quién era y que podía temer cualquiera atrevimiento, que no siempre corresponde el trato al talle y las palabras a las obras. Cloridano por otra parte se veía empeñado en favorecer a una dama, que era fuerza le sirviese de estorbo para la pretensión de Fénix, cuyo amor le sacaba de su Corte y llevaba peregrinando por donde no le conocían, a peligro de que el hermano y el pretendiente de Ismenia le hicieran una pesadumbre, si acaso le topasen con ella. Estando, pues, cada uno divertido con sus imaginaciones, oyeron un pastor que de la otra parte del arroyo estaba engañando sus penas, repitiéndolas a las aves; que son las penas del amor de tal calidad, que nunca tienen más alivio que cuando más se repasan, que no es poco para ser penas. Amaba, sin duda, a alguna zagala de aquellos cortijos, de quien estaba celoso y a su parecer ofendido y así lo cantaba, o por mejor decir, lo que lloraba, era de este romance, que si no discreto dice por lo menos lo que sentía:

Triste pensamiento mío,
déjame vivir por Dios,
que matarme tan aprisa
más es tema que razón.

Si Lucinda me ha ofendido,
basta por venganza Amor
el nacer hombre de bien
y saber que lo sé yo.

Dejome por otro (¡ay cielos!)
y dejome el corazón
pasado con mil puñales.
¿Quién hiciera tal rigor?

Pensé que estaba acabado
aquel su pasado amor,
mas engañome el deseo,
y Lucinda me engañó.

Cielos, lo qué bien se quiso
no puede olvidarse, no,
que donde cenizas quedan,
si no llamas, hay calor.

Lucinda me ha muerto el alma,
porque quiere a otro pastor,
o a lo menos él lo dice.
¡Qué grosero presunción!

El blasona de querido,
y yo de que no lo soy,
aunque mereciera serlo
por saber callar mejor.

Yo le vi con ella ayer,
y desde entonces (¡ay Dios!)
tan lejos estoy de mí,
que me busco donde estoy.

Dirá que fue en cortesía,
que es muy antigua invención,
valerse para ofender
de cortesano el Amor.

Yo, en fin me juzgo ofendido,
y aunque en fin me engañé yo,
¿qué importa, cielos, no estarlo,
si ya pienso que lo estoy?

Y en tanta confusión,
Canta la lengua lo que lloro yo.

Apenas acabó el celoso amante de cantar sus penas cuando se llegó a él una pastor de mayor belleza que fortuna y saludándose a su modo, después de haberse referido cada uno el estado de sus desdichas, que también los tristes se buscan como los válidos, cantó esta glosa o por lo menos otra que se parecía a ella, hablando con unas flores en alusión de su pesares.

Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.

Flores que apenas nacéis,
cuando cimeras morís,
¿para qué os desvanecéis,
si en lo poco que vivís
el desengaño tenéis?
Ayer otras flores vi
con el mismo frenesí.

Llorad, llorad como yo,
y si de vosotras no,
aprended, flores, de mí.
Ayer una rosa ufana
salió a la primera Aurora
con esmaltes de oro y grana,
y hoy el ser de ayer ignora,
mirad qué será mañana.

Yo fui ayer lo que hoy no soy,
y mañana, según voy,
lo que soy vendré a perder;
porque es de ser a no ser
lo que va de ayer a hoy.

No os admire, flores mías,
saber que habéis de volver
la pompa en cenizas frías;
que no ser hoy lo que ayer,
es achaque de los días.

Tomad ejemplo de mí,
pues sin mirar lo que fui,
hoy me pisan los pastores,

y oigo decir a otras flores
que ayer maravilla fui.

Ayer de mi verde nido
de blancas hojas cercada,
salí rompiendo el vestido
con la camisa bordada
y el cabello bien prendido.

Y llegando a verme hoy
tan otra, flores, estoy,
que ya cantar por allí,
que ayer sol del prado fui,
y hoy sombra mía aun no soy.

Entretenidos con la dulce música estuvieron lo más de la tarde y viendo que ya se hacía hora de caminar porque el Sol iba perdiendo sus fuerzas, agonizando entre oro y grana, levantándose Cloridano, fue donde descansaba Ismenia, a quien preguntó si gustaba que se partiesen, diciéndola primero en breves razones de esta suerte.

“Yo, señora mía, porque no vais temerosa de que os falte mi amparo y mi cortesía, sabed que soy Cloridano, príncipe de Acaya, que enamorado de la hermosa Fénix, cuya belleza por la fama bien habréis conocido, sin más compañía que mi persona y la de un criado, que en el camino me ha perdido, voy a solicitar este hermoso imposible. Y así supuesto lo que soy y a lo que voy, os suplico gustéis venir, si os parece, a Tracia, donde os doy palabra que en efectuándose mi casamiento, o en desengañándome de que otro es el venturoso que merece a Fénix, de hacer que os lleven con toda seguridad a vuestro dueño, en cuya defensa, si acaso durare el intento de vuestro hermano, os hago pleito homenaje de aventurar mi propio reino y tomar yo mismo las armas, hasta asegurar vuestra vida y vuestro casamiento”. “Es tanta”, respondió Ismenia, echándose a sus pies, “la merced que recibo de vuestra Alteza, el llevarme consigo a Tracia, que será no menos que asegurarme del todo de mis enemigos, porque Fénix es prima mía y es cierto que sentirá tanto mis fortunas como yo propia y será medio con su autoridad de que tengan mis esperanzas el dichoso fin, que ya me prometo”. “Pues, si añadís”, replicó el príncipe, “a las obligaciones, que por ser vos dama y yo quien soy, tengo de serviros; la de ser sangre de la princesa, poca fineza será llevaros como vos gustéis, al cabo del mundo y daros lugar en lo mejor de mi corazón; como quien estima el retrato por las sombras y lejos que tiene de su verdadero original”. En esta conformidad caminaron dos noches, retirándose en entrando el día, a parte donde con menos nota pudieran pasar los ardores del abrasado julio. Y estando una fiesta encareciendo Ismenia las partes de su prima y prometiendo juntamente hacer con ella de modo que él solo, entre todos los que la pretendían, fuese el escogido. Y Cloridano, agradeciendo con mil encarecimientos el favor prometido, le pareció al discreto príncipe que ya era grosera cortedad no saber más de raíz la calidad de Ismenia y juntamente la causa de verse en tan conocido peligro. Y apenas la hermosa dama entendió el curioso deseo de Cloridano, cuando sin esperar a que segunda vez se lo mandase, ni pedirle que la escuchase con atención (que no es cosa que

ha de pedirse a los discretos, sino suponer que lo han de hacer) empezó diciendo de esta suerte.

“Yo soy hija legítima y primera de Eduardo Rey de Dalmacia, que confina por la parte de septentrión, con la una y otra Panonia, por la de occidente con Istría, por oriente con los montes Hardónicos y por el mediodía con Macedonia, donde es ley establecida de aquel reino que le herede quien naciere primero, aunque ser mujer; porque dicen sus vasallos que supuesto que el cielo lo sabe todo, dispondrá sin duda, prevenido de esta ley inviolable, lo que mejor les estuviere. Siguiome en el nacimiento Arnaldo, mozo de muchos bríos y de tan grandes esperanzas en la milicia que mi padre adoraba en él, al paso que a mí me aborrecía. Intentó anular aquella ley a su parecer poco cuerda, diciendo que los grandes del reino que siempre la había tenido por desacierto y más en la ocasión presente, pues era fuerza quedar sujetos a que los gobernase una mujer ignorante y flaca, pudiéndolo hacer Arnaldo mancebo valiente y entendido. Fuera de que cuando no tuviera de bárbara aquella costumbre sino el ser particular, pues en ninguna parte del mundo hereda la mujer el reino, si no es que haya falta de sucesor, era bien hecho excusarla para excusar los daños que de allí adelante podrán seguirse.

“Es tan grande la fuerza de la costumbre, particularmente para con el vulgo, que con conocer algunos que mi padre no iba muy descaminado, no quisieron obedecerle en esto; respondiendo a todo que no querían vivir, sino por la regla de sus mayores, que pues lo establecieron así, sin duda hallaban en hacer lo contrario algunos inconvenientes que ellos no entendían. Esta vulgar resolución cerró las puertas a los deseos de mi padre por aquel camino, pero no para que por otros no lo intentase, trazando un engaño tal, que imposibilitó con él mi pensamiento, con ánimo sólo de que viéndose el reino sin sucesor, por parte mía, eligiese de necesidad por su rey a mi hermano. Fue pues, que llamando en secreto a Piromantes, un eminente astrólogo de quien todos como de un oráculo escuchaban cuanto decía, le mandó divulgar por la Corte, que habiendo consultado con particular atención los sucesos de mi vida, en los orbes, esferas, ejes, polos o cardinales del cielo, hallaba que había de morir el primer año de su principado, cualquiera infeliz que si casase conmigo. Con los reyes no se ha de disputar si es malo o bueno lo que hacen, sino ejecutarlo porque lo mandan, creyendo que aciertan en todo, como retratos de la divina sabiduría. Y así, el supersticioso astrólogo por lisonjear a mi padre y tener algún premio de sus estudios (que como era docto, no le tenía) empezó a obedecerle, manifestando con fingidas demostraciones de lástima, la triste muerte que estaba prevenida. Al que, o ya enamorado de mi hermosura o ya codicioso de mi corona, aventurase la vida por tan poco precio, pues aun doce meses no había de gozar lo uno ni lo otro. Hizo esta fabulosa opinión, por ser de un hombre tan acertado en la ciencia judiciaria, tal impresión, así en el vulgo, como en todos aquéllos, que pudieran emplearse en mi persona que ninguno pasó de los pensamientos sin que su vida le riñese su desatino y le acordase la tragedia que le tenían guardada los hados, siendo casi la misma cosa, el reinar y el morir, vestirse la púrpura y el labrarse la sepultura. Solamente mi primo Aristeo (¡o con gusto le nombro!), hijo del hermano menor de mi padre y hombre de todas las partes que ha de tener un señor para ser querido, se resolvió (con tanto extremo me adoraba) a pedirme a su tío por esposa, sin atender al rigor de las estrellas, que de trino le amenazaban. Yo te confieso, ¡o soberano príncipe! , que cuando llegó a mis oídos

su determinación, con quererle tanto me ofendí de ella, pareciéndome que fuera mejor para mí verlo vivo, aunque no le gozara, que ser suya para haber de perderle. Es Aristeo (permíteme que me alargue mucho en sus alabanzas) después de galán, cortés, valiente y apacible hombre de gran discurso y muy dado a las buenas letras. Y así la primera vez que se vio conmigo, riñéndole yo con muchas veras el intento que había de emprendido, más para matarme que para quererme, me respondió que él no temía ninguna manera de agüero. Porque el juicio que había hecho Piromantes en materia de mis sucesos, ni era seguro ni aun lo podía ser, porque cuando fuera (que no es muy fácil) cierta la noticia de mi nacimiento y del planeta que predominaba en aquel instante, podía solamente rastrear algo de mi fortuna, pero no la del otro que se casase conmigo, supuesto que no le conocía, ni podía saber quién era. Finalmente, lo que para el vulgo era temeridad, y aun desesperación para Aristeo, porque no creía los círculos y argumentos del adivino y por mucho que me quería y amaba, era una muy moderada fineza. Hallose mi padre, si bien contra su voluntad, empeñado en consentir en este casamiento porque confiado en que no habría quien se aventurase a casar conmigo, había prometido al pueblo que ya clamaba por sucesor, darme a cualquiera que me pidiese como fuera mi igual, ya que no en la grandeza del estado por lo menos en la calidad de la sangre. Y así, para no quedar destruido totalmente de la esperanza que tenía de que mi hermano heredara, escribió a Meleandro, grande amigo suyo y único señor de Panonia, que otros llaman Hungría, revelándose con una carta del mismo Piromantes la verdad del fingido agüero, y la causa juntamente de haberle fingido, concertando con él que me pidiese por esposa, debajo de condición jurada, que me había de llevar a su reino para que quedando Arnaldo sólo en Dalmacia y haciéndose dueño de todas las voluntades, tuviese efecto lo que por tantos caminos había deseado. Habíame visto Meleandro pasando por mi corte a unas justas reales que hubo en Dacia, y volvió tan enamorado a su tierra que envió en diversas veces muchos embajadores a mi padre, con orden y poder de que tratasen de cualquier concierto, como yo fuera esposa suya. Tanto era lo que dicen que me quería, si bien después que supo y creyó la breve muerte que esperaba a cualquiera que hiciese las bodas conmigo, se retiró de esta voluntad como todos. Pero luego que por las cartas de mi padre y de Piromantes, conoció que había sido todo traza para que mi hermano heredase el reino. Aceptó el partido y volvió a escribir, diciendo que no obstante el inconveniente de haber de morir dentro de un año, quería (pues no era menos su amor que el de Aristeo) aventurarse gallardamente a este amoroso peligro. Recibió mi padre estas cartas muy contento y alegre, y llevó las al Consejo del Estado para consultar cual de los dos había de ser mi marido. Mas viendo Aristeo que su tío estaba de la parte de Meleandro, le puso pleito alegando tener más derecho a mi voluntad por haber sido el primero que se había arriesgado, pues en Meleandro más era envidia que fineza el aventurarse después que su amor había vencido los primeros miedos de la muerte. Y así, supuesto que la Majestad soberana más debe guiarse en estos casos por los consejos de sus senadores o padres conscriptos que por la pasión propia; que tal vez yerra en las cosas que más importan, lo pusiese un sus manos para que ponderando las razones de casa uno, sentenciasen en favor de quien mejor les pareciese. Hízolo así mi padre, si bien dándoles a entender su deseo que fue lo mismo que salir la sentencia contra mi esposo. Pues al cabo de muchos días, resolvió el senado convenir que me casase con Meleandro y no con mi primo Aristeo, por unir estas dos coronas y tener Dalmacia un enemigo menos; pues junto el poder de entrambos reyes, ninguno habría que le tuviese para ofenderlos. Replicó Aristeo y dentro

del alma replicó mi voluntad. Pero como en las personas altas son tan anotadas las acciones que parece que el alma no tiene la libertad con quien nacen otras, hube de callar por entonces, si bien con ánimo de decir en secreto a Meleandro que yo adoraba a mi primo, para que estorbase por algún medio el llegar a otros lances. Hiciéronse las capitulaciones, determinose mi partida y mandó mi padre a mi hermano que me acompañase hasta dejarme en el primer lugar de la jurisdicción de Panonia, donde me estaba aguardando Meleandro, con el aparato y grandeza de un príncipe poderoso, y que deseaba el agradarme por todos caminos. Salí como digo, de Dalmacia, y conmigo, llenos de galas y de plumas, cuantos señores hay en ella, menos Aristeo, que perdido de celos, con asegurarle yo con hartas lágrimas de que no había de casarme, aunque me viera amenazar el pecho con mil puñales, quiso atropellar con mi hermano, con el senado y aun con mi padre, que por verle querido del pueblo, le aborrecía. Llegamos pues adonde nos esperaba mi enemigo y me recibió con grandes fiestas, si bien como yo no estimaba al dueño, todo lo recibía con enfado. Y así para que no pasase más adelante en sus demostraciones, una tarde que le hallé solo, le dije, (sabe Dios con cuánta modestia) que amaba a mi primo Aristeo, porque me había criado con él desde que nací, y que así como tan discreto y entendido, me disculpase con mi padre y consigo mismo, amparando aquel amoroso delito, si acaso lo era, querer bien a un hombre de mis años, de mi sangre y de tan altas prendas como Aristeo. Trajele a la memoria, por ejemplo y disculpa de mi voluntad, los milagros que ha hecho el trato en los corazones, no sólo de quien tiene ojos para mirar, orejas para oír y voluntad para querer, sino en aquellos sujetos que aun son incapaces de razón. Acordele el suceso de Pasife, reina de Gandía, que encendida en los amores de un toro, buscó trazas para gozarle. Referile el extraordinario gusto de algunos que han amado (debe de ser por no ir por la senda común de los otros) cosas no sólo indignas de voluntad, sino ajenas totalmente de sentido, como Xerxes a una árbol llamado plátano, Ciparisto a una cierva, a un caballo Semiramis y Pigmalión a una estatua. Estas y otras cosas le dije aun más con los efectos que con las palabras, que no hay mejor informante que un suspiro, ni más fuertes razones que cuatro lágrimas y más de una mujer que no es muy fea, por ver si podía reducirle a que favoreciese mis honestos amores; cosa que debiera hacer Meleandro de lástima siquiera, cuando no fuera de cortesía, si como era grosero, desabrido y bárbaro, hubiera nacido cortesano, discreto y apacible. Finalmente, más resuelto mientras más celoso y más rebelde, mientras obligado me respondió que aunque me pesase había de ser suya, pues ya había salido para eso de Dalmacia. Volvile a acariciar y advertir que erraba, porque una mujer sin voluntad era cuerpo sin alma, alma sin potencias, prados sin hierba, árbol sin hoja, mina sin plata, concha sin perla, fuente sin agua y ciudad sin gente. Y añadiendo por lisonjearle que bien conocía yo cuánto mejor me estaba su ejemplo, si no que la fuerza de la voluntad me hacía elegir lo peor, sin atender a los méritos de su persona y al aumento de mi calidad. ¡O válgame los dioses, qué triste cosa es rogar a personas de entrañas duras y entendimiento tosco! Dígolo, porque ni por verme el fiero Meleandro bañar sus pies con ardientes lágrimas, ni por advertirle que antes de verle no era ofensa suya querer a otro, fue parte para que se mostrase cortesano siquiera, ya que no enternecido. Viendo pues que mi hermano y él estaban resueltos a que hiciese la fuerza lo que no habían podido los halagos, loca y ofendida, dije a voces, que era mi esposo Aristeo y que había de perder mil vidas en defensa de esta amorosa y lícita pretensión. Igualmente ofendieron estas palabras los oídos de Arnaldo y de Meleandro; del uno, porque dejarle por Aristeo le

parecía descrédito de su persona y del otro porque consentir que me casase en Dalmacia era quitarle de todo punto la esperanza de la Corona. Y así juntos a otro día (según después supe) trataron de que yo muriese a sus manos en castigo de mi rebeldía, porque lo demás fuera volver muy desairados a Panonia el uno y el otro a Dalmacia. Cuando los hombres crueles y poderosos llegan por algún accidente a convertir el amor en aborrecimiento no se contentan menos que con poner en el último extremo de miseria la persona que amaron en otro tiempo. Y así los dos traidores y cobardes príncipes determinaron entre sí sacarme del palacio a la siguiente aurora con alguna cautela, y llevándome al más vecino monte, quitarme la vida y enterrarme en lo más escondido, para que nunca pudiera semejante traición venir a saberse, porque sin duda pensarían todos que por huir de casarme contra mi gusto me había ido a reinos extraños; cosa muy fácil de creer por haberlo dicho yo muchas veces, viéndome apretada de las amenazas del uno y de las persuasiones del otro. Bien ajena estaba, ¡o príncipe y señor mío! Aquella noche que me encontraste de esta bárbara atrocidad, cuando vi entrar en mi cuarto a mi hermano diciéndome con semblante alborotado y mirando a todas partes, por si alguno nos escuchaba, que supuesto que no quería casarme con un príncipe como Meleandro, y que había hecho en servicio mío tantas finezas, el mejor medio para asegurarnos de su poder y su rigor, era salir de aquella tierra con todo secreto, sin dar parte aun a Laudomia, que era mi mayor amiga; porque hacer otra cosa sería irritarle, y ponernos por estar en su reino a peligro de que hiciese con nosotros una demasía. No hay cosa más fácil de engañar que una mujer y más cuando la engaña quien tiene obligación a tratar la verdad y la dicen lo que ella desea. Era mi hermano quien me persuadía y a cosa que me estaba bien el creerle, claro está que no había de penetrar la sangrienta venganza que me prevenía, y así pensando que eran los pasos de mi remedio los que daba, siguiéndole salimos a pie hasta los muros de la ciudad, donde tenía prevenidos caballos. Y como yo no sabía el camino, aunque veía que me llevaba por parte que de suyo era sospechosa, presumiendo que sería traza para deslumbrar a Meleandro, si acaso a la mañana hiciese diligencia para buscarnos, le seguí con no pequeño sobresalto por ser de noche y saber que iba con quien acaso deseaba mi muerte, hasta que en lo más retirado del bosque encontramos con un caballero que cubierto el rostro, nos saludaba. Apenas escuché su voz, cuando conocí que era Meleandro, y tuve por cierto cualquier mal suceso en agravio mío. Apeose Arnaldo y llegándose a mí me dijo, ‘ahora verás, aleve Ismenia, que no te llamo hermana porque no es tu liviandad digna de este nombre, como te casas con Aristeo,’ y vendándome con una liga los ojos después de atarme los pies y manos, me notificó la sentencia injusta de mi muerte. Y así alejándose un buen rato para fabricarme el sepulcro, porque la sangre vertida no descubriese donde quedaba depositado mi cadáver, me dejaron sola en parte donde oía los ecos de los azadones, cuyos golpes fue providencia del cielo que no me quitasen la vida, quizá porque se lograra la noble piedad que a este tiempo vio conmigo vuestra Alteza, cuando escuchando mis tristes suspiros y lastimosas lágrimas, llegó y me quitó las prisiones, libertando mi ya desesperada vida, pues después de Dios, vos solamente puede decir que me la distes”.

Mucho estimó Cloridano el favor que Ismenia le había hecho en darle tan por extenso parte de sus fortunas, y prometiéndole segunda vez ayudarla en cuanto pudiese, hasta ponerla en su reino, prosiguieron su viaje en la forma dicha, llegando a Tracia dentro de breves días, donde como les dijese, que la princesa estaba en una casa de campo,

distante seis millas de la Corte, cuyo nombre era el Palacio Encantado por estar hecho con tal artificio que los parecía. Se partieron al punto deseosos de verle y verla y entrando por una hermosa floresta que cercaban en torno rosales, naranjos y jazmines, vieron un caballero de gentil talle y brío que por ser (según después pareció) aficionado con extremo a la música, iba cantando estas canciones en su alabanza:

Deidad que al cielo subes,
música celestial a quien el viento
entre rayos y nubes
adora en la ciudad de su elemento,
baña esta vez mis labios,
porque parezcan menos tus agravios.

De tu harmónico modo
quiso sin duda el cielo aprovecharse,
pues músico en su modo,
al sucederse, unirse y devanarse
los cristalinos velos,
once Sirenas son los once cielos.

Tu elevación süave,
no sólo al hombre, al animal admira,
a la fiera y al ave,
que tu voz, dulce huésped de la Lira,
lleva sólo en las señas,
aun cartas de favor para las peñas.

El músico tebano,
el racional hechizo de las fuentes,
vio esta verdad ufana,
cuando el tener peñascos por oyentes,
por vanos horizontes,
caminaron a pie tras él los montes.

No hay animal tan rudo,
que no busque camino al desenfado
ya suspirando mudo,
que es el tono mejor de un desdichado;
ya con tiernos enojos,
música en que el compás llevan los ojos.

Madruga el silguerillo,
en su lengua cantando sus fatigas;
hace el oscuro grillo,
ya entre celdas de corcho,
ya entre espigas,

mil pasos de garganta,
y hasta una fuente que murmura, canta.

Canción, detén el paso,
que te esperan los soles del parnaso,
mas si excusar no puedes la batalla,
disimula la voz, aprende y calla.

Cuando no por el talle, mirándole de más cerca, por la voz y por los versos, conociera el príncipe que era Aristófanes su privado, que salió con él de Acaya, y la noche que encontró a Ismenia, por haberse adelantado, le había perdido. Llegose al príncipe y después de besarle los pies y darle muchos parabienes de haberle hallado, los llevó a una casa de placer que estaba al lado izquierda del palacio, aderezada sólo a fin de aposentar los forasteros que viniesen a la discreta pretensión de Fénix, donde habiendo comido y descansado, le dijo en presencia de Ismenia de esta suerte.

“Luego, señor, que te perdí, me di toda la prisa que pude por buscarte y por alcanzarte y como después de haber hecho toda la diligencia posible, me dijese en Tracia que no había llegado caballero ninguno de tus señas y que la hermosa Fénix estaba en esta floresta. Me vine a ella con ánimo de saber de ti y juntamente la causa que tiene la Fénix desterrada a estas soledades, pudiendo estar en su Corte, si no con más divertimiento, a lo menos con más grandeza. A lo cual me han respondido todos que viendo su Alteza, que de todas partes van viniendo diferentes caballeros y personas reales a la voz de que quiere casarse por elección de su gusto y no por gusto de su reino; y que si estuviera en la Corte, a la competencia de los unos y la emulación de los otros había de ser causa de muchos alborotos, muertes y desgracias. Así determinó (traza al fin de su soberano ingenio) retirarse a este suntuoso palacio donde en viniendo algún nuevo pretendiente, tiene ordenado que la dé un memorial, en que la refiera su calidad, su estado y su resolución; y en teniendo las condiciones necesarias para su intento, le da licencia que entre dentro del palacio donde por peregrino modo, en el breve tiempo de dos meses experimenta su valor en las armas, su ingenio en las letras y su capacidad en las materias de estado, y luego sale con condición que ha de esperar un año entero en estas florestas, donde al cabo de él, escogerá al que mejor le pareciere. De esta manera hay muchos que han entrado y salido del palacio, y ahora esperan el día que ya está señalado, o para su ventura, o para su envidia; y dicen que allá dentro se pasan grandes aventuras en que se prueban el valor del caballero y el buen gusto de la princesa”.

Admirados quedaron Cloridano e Ismenia, de la ingeniosa traza que tenía Fénix para elegir marido, que fuese si pudiera, perfecto en todo, o que por lo menos ella se satisficiera de más cerca. Y así visitándola juntos a la mañana y dándole parte él de su amor y ella de quién era y de las fortunas que la habían sacado de su reino. Apenas la hermosa princesa conoció la calidad de entrambos cuando al príncipe dio licencia para poder entrar en palacio con muchas muestras de agradecimiento y a Ismenia recibió en los brazos como deuda suya, prometiéndola su favor en todo contra Arnaldo y contra Meleandro. Despidiose con esto Ismenia de Cloridano, a quien se ofreció de nuevo por un continuo abogado para los oídos de su prima, en pago de lo mucho que le debía. Y a la

siguiente tarde, después de haber jurado como los demás de aguardar a que se cumpliera el plazo de la elección, sin reñir con ningún caballero sobre aquella pretensión, porque lo que era materia de gusto no había de hacerse campo de batalla, se halló junto al palacio en compañía de Temístocles, hijo del Rey de Sarmacia, que había venido con el mismo intento, y llegando a la puerta, que era de bronce, cercada de veinte columnas de mármol que hacían admirable su arquitectura, apenas hicieron los dos príncipes una seña que les habían dado, cuando se dividieron las puertas, sin ver persona alguna que las abriese, y entrando se volvieron a cerrar con la misma violencia, quedando de parte de adentro esculpidos en el mismo bronce dos fieros leones tan vivos al parecer, que cada una de los dos valerosos mancebos se previno casi de empuñar la espada para defenderse. Pasaron desde la puerta a un patio adornado con igual proporción de balcones y galerías, con una hermosísima fuente en medio, que sobre la taza de alabastro tenía de bronce dorado una figura de Cupido, parecida en lo costoso a aquella que hizo Fidias de marfil y oro, de grandeza de veinte codos, en cuyo escudo esculpió la batalla de las amazonas con los gigantes. Tenía puesto el arco sobre el brazo izquierdo, saliendo de él en lugar de flecha, un hermoso pedazo de agua, que salpicaba unos claveles que alrededor tenía, volviéndose con gracioso ímpetu hacia todas partes, quizá por no enojar a las demás flores, que hasta un clavel puede secarse de envidia de ver regar a otros; pluguiera a Dios se quedase esta condición solamente en los claveles. Y estando divertidos con admirar las flores, los balcones y la fuente, sintieron abrir dos puertas que estaba la una enfrente de la otra, y que salían dos damas llamándoles a cada una por su nombre, y así despidiéndose los dos aventureros con mucha cortesía, fueron a obedecer a quien les esperaba, entrándose Temístocles con Policena, camarera de Fénix, y Cloridano con Serafina su Secretaria, a quien siguió el discreto caballero, sin hablar palabra, hasta que llegando a una sala tan olorosa y desenfadada, como bien vestida de escritorios, bufetes, brocados y pinturas, donde le dijo Serafina que había de estar aquellos dos meses. La preguntó, después de agradecerla el buen hospedaje, la causa de querer su señora escoger esposo por aquel camino, pudiendo más fácilmente experimentar el valor de sus pretendientes en torneos, máscaras y justas reales, y el entendimiento que es la parte del alma en las academias de la Corte donde los ingenios a porfía descubren los quilates que tienen, así en el verso, como en la prosa. “Lo primero”, respondió Serafina, “fuera peligrosa por ser tantos los que solicitan su casamiento y, hallándose en semejantes lances, era fuerza que unos y otros se encontraran y viniera a parar en tragedia lo que había comenzado en gusto. En cuanto lo segundo, me espanto que siendo vuestra Alteza tan bien entendido, no advierta que en las academias no se prueba con certidumbre el ingenio de los que las cursan y más siendo señores, a quien nunca falta un poeta que les trueque a escudos los versos; y consientan que tengan diverso padre que él que conocieron en su primera turquesa. Aquí, señor, no hay este peligro porque no está en parte donde para nada se pueden meter oficiales. Él que aquí es valiente por sí lo es, sin apelar al favor de los amigos y de los criados. El discreto no ha de tener secretario que le note los papeles. El poeta no ha de consultar ajenas plumas para los versos. Ni el político ha de hurtar de las razones de estado a ningún cortesano porque los asuntos que le dan sobre que escriba, así en lo uno como en lo otro, son conformes al dictamen de Fénix, que tal vez manda que escriban sobre lo que menos imaginaron y así conoce sin escrúpulo ninguno el que sabe y el que ignora, el valiente y el que no lo es”.

Con esto acabó Cloridano de penetrar el intento de la hermosa Fénix y como anocheciese, y le preguntase Serafina si quería luz. Apenas respondió que sí, cuando por entre los espacios que hacían unos paños de brocado, se parecieron seis bujías que sin ver quien las había encendido, se pusieron sobre unas peanas de plata sobre dorado, que estaba fijas en la misma pared. Y despidiéndose Serafina, le dejó tan solo, como admirado de la novedad de cosas que había visto en tan poco tiempo. Hasta que por ser ya hora de cenar, vio que por encima de un bufete que estaba arrimado a un cancel, se iba retirando hacia fuera un cajón, al modo de los que tienen las religiosas para meter y sacar los ornamentos, donde halló una espléndida y abundante cena, con un papel en que le mandaban que en cenando se recogiese a una cuadra que estaba más adelante con una cama, tal que no pudo echar menos la que dejaba en su palacio.

De esta manera estuvo algunos días atreverse a hacer más de lo que ordenaban porque cada mañana le decían por un papel en lo que había de gastar aquel día; y como estuviese una tarde quejándose de la hermosa princesa porque se escondía tanto de sus ojos, que con haber un mes que vivía en su palacio, no había merecido verla una vez siquiera. De allí a un rato sintió que por la parte de arriba le arrojaban un papel, que estimó mucho más que los otros, porque la letra y la firma era de Fénix, en que le decía que acerca de aquella queja que tenía, por no haberse dejado ver, si hacía versos, escribiese un soneto y si no, un papel que no pasase de doce renglones. Y así tomando la pluma, por parecerle más a propósito los versos que la prosa, para decir un alma lo que siente, escribió a su discreta queja aqueste epigrama.

¿Por qué, Fénix, por qué tantos candados,
para quien sólo ve por los oídos? ,
que no son los rigores merecidos,
cuando son los deseos tan honrados.

No piden premio, Fénix, mis cuidados,
que no es premio escuchallos ofendidos,
pues entre ser oídos y admitidos,
hay peligro de ser mal despachados.

Yo, Fénix, no te temo, aunque se extreme
tu fuego en mí porque si ya estoy ciego,
lo que ya se padece, no se teme.

Tú me miraste, y me abrasaste luego,
pues aunque el fuego cuanto encuentre queme
siendo ceniza, ¿qué ha de hacerme el fuego?

Pareció tan bien el soneto, así la princesa, como a todas sus damas que a petición de todas, le envió a convidar para un farao, que tenían sus damas prevenido aquella tarde. Bajó el príncipe más contento, cuanto más favorecido, a un salón donde estaban cuatro damas con diferentes instrumentos, tañendo y cantando con tanta destreza en lo primero, como suavidad en lo segundo. Y después entraron costosamente vestidas y sin mucha

costa hermosas, Ismenia, Serafina, Clavela, Pinarda, Policena, Aurora, Laura y Sigismunda, luciendo entre todas como el Sol entre todas las estrellas la hermosísima princesa, que venía la última. Hiciéronse ella y Cloridano grandes cortesías y sentándose en un estrado de tela riza, mandó dar asiento al príncipe en una silla que estaba más adelante. Empezose pues el farao entre las ocho bizarras damas con tanto acierto y gallardía que con estar el príncipe tan divertido como se puede imaginar de quien tenía tan cerca la causa de su desasosiego, tal vez le arrebatában la atención, por una parte la dulzura de la bien concertada música y por otra los aiosos compases de las mudanzas. Sucedió finalmente (después de haber hablado un rato con Fénix cerca del estado de sus amores) que como se le cayese un guante, que fue dichosa caja de su blanca mano, Cloridano le alzó con tanta prisa y tan breve desenfado, que sin atender a que podía enojarla, vencido de su amor, y llevado de su deseo, al dársele, la tomó la mano y sin poder excusarlo, se la besó, que si bien es acción de reverencia y respeto. Fénix lo atribuyó entonces a demasía y atrevimiento. Ya la iba a satisfacer el príncipe con su cortesía, cuando divertido y aun atemorizado con un gran ruido que se oía al lado izquierdo de la sala, en el breve espacio de tiempo que gastó en volver los ojos para ver lo que era, se volvió toda la pared. Estando donde estaba Fénix, quedando en su lugar otra colgadura correspondiente en todo a la que se había desaparecido. Admirado de este suceso y viendo que las demás damas se iban por la misma parte que habían entrado, quiso ir a detener a Ismenia para rogarla intercediese con su prima, que la perdonase, pero no pudo porque cuando lo quiso hacer, sintió que de repente se hundía toda la sala con tanta violencia que hubo menester todo su valor para no dar voces, porque en un instante se halló por una canal que correspondía a todas las cuatro partes de la sala en que otra que estaba más de tres estados de la primera. Mas con ser tan forzoso el recelo que pudo tener en semejante ocasión, era tanto lo que a la princesa quería que sintió más el enojo que la había dado con su atrevimiento que el susto que había recibido con la bajada. Y así determinándose a satisfacerla de la manera que gustase como no fuese perdiéndola (que esto ya fuera perder la vida) como si tuviera delante decía afligido y enamorado.

“Yo te confieso, o señora mía, que pasó mi amor los límites del respeto debido a tu persona, pero si bien se advierte, como esta demasía procedió del amor que me abrasa el pecho, paréceme que pudieras perdonar la libertad del efecto por la nobleza de la causa. Tómete una mano y llévela a la boca, delito que le negoció más mi voluntad que mi grosería, fuera de que tampoco quiero echarme toda la culpa, aunque es forzoso que me alcance toda la pena, pues también la tuviste tú para que yo me desenfadase; convidome tu liberalidad a un farao, dísteme silla junto a tu mismo cielo, donde gocé tus soles tan cerca que tal vez advertidamente me tenté el vestido pensando que como el corazón estaba abrasado, lo estaría la ropa. Mas, ¡ay de mí! , que como son rayos, hicieron conmigo lo que con un árbol, a quien dejan la corteza entera y el centro convertido en ceniza. Los favores que me hiciste aunque disimulados, fueron tales que sí se puede decir me desvanecieron y aun me aventuraron a no ser Tántalo de tus cristales y de tus ojos. Ellos, Fénix, ellos tuvieron la culpa, pues según me miraban amorosos, parece que me salían por fiadores de cualquier empeño. Verdad es, que hay muchos hombres en el mundo que sin darles la dama la menor ocasión, se atreven a profanar su recato con la licencia solamente que les da su misma descortesía. Pero por la mayor parte digo, que de

los arrojamientos de los hombres tienen la culpa de las mujeres. Digo esto porque si he de decir todo lo que siento, por si acaso me escucha, o Fénix, tu hermosura, ya más desenojada, tú me miraste, y tú me favoreciste con tanto extremo que me pareció que era cortedad no parecer yo el galán en alguna cosa. Y de buena razón así lo debía entender, porque en las mujeres comunes, como no hay vergüenza que perder, recato que aventurar, ni gravedad que resistir, no importan, no, los descuidos de los galanes, porque cuando ellos no se den por entendidos de sus amores, ellas son tan libres que lo dirán sin embarazo ninguno. Mas una persona grave, una dama principal y una deidad tan alta en quien a un tiempo mismo se dan la batalla, la entereza y el amor, la modestia y la voluntad, claro está que no ha de decir a un hombre claramente, ‘hombre, yo te quiero,’ sino que basta un tierno mirar de los ojos y una alegre risa de la boca. Pero apurando más este mi amoroso descomedimiento, ¿qué fuerza he hecho? ¿Qué malas palabras te he dicho para que tan sin piedad me quites la vida, pues poco menos viene a ser privarme de la luz de tus ojos? Ay Fénix mía, ¡plegue a Dios que lo seas! , y como si tú me quisieras con los extremos que yo te adoro, no hicieras tanto melindres de una niñería. Quien no ama con cualquiera cosa se desazona, que esto de sentir por relación y no por experiencia es causa de no dolerse del dolor que los otros tienen. Dame tú que tuvieras algo del amor que me sobra, que a buen seguro que pasaras por toda y aun dicha murmuras después con tus amigas de mi cortedad, que aunque todas las damas fingen despego, es sólo por cumplir con su honestidad porque nunca están más contentas que cuando un hombre se toma la licencia que ellas desean, aunque parece que la rehúsan”.

De esta manera se disculpaba Cloridano para consigo mismo del enojo que había dado a Fénix, si bien ella estaba tan lejos de haberse enojado de veras, que casi de parte de adentro le agradeció aquella libertad amorosa. por verle tan suyo, tan amante y tan determinado. Pero como algunas veces para lenguas ajenas suele de ser de tanta importancia la estimación propia, como había habido tantos testigos en aquella acción, fue menester apelar a su desdén para que no se descubriese su voluntad. Estando pues el confuso príncipe sin saber adónde había de ir desde aquella sala, que por estar más baja que las otras y aunque era muy temprano parecía que ya era de noche, vio una pequeña luz que entraba por los resquicios de una puerta que estaba en frente, y quitando una sola aldaba que tenía reparó en que se pasaba por ella a un jardín tan deleitoso y apacible que cuando no fuera por salir de la oscuridad en que estaba por gozar sus flores, cuadros, fuentes, árboles y pinturas, podían perderse los mayores entretenimientos del mundo. Soplaban un dulce céfiro entre las hojas tan blandamente que las lisonjeaban más que las ofendía, porque el sol estaba ya de paso para amanecer en los antípodas que sólo servían sus rayos de alumbrar al día, no de dar pesadumbre al campo. Recogíanse las flores sus mismos cogollos, temerosas quizá de los serenos de la noche que aun para conservar una tan corta vida es menester mirar por ella con muchos ojos; corrían las fuentes perlas y cristales, siendo cada gota una líquida vida de las plantas; y todo finalmente expiraba tan castos olores de azucenas, retamas y claveles que podían competir con las destiladas aguas y más purificadas aromas de las ciudades. Convidado pues de tan varias cosas, entró el príncipe en el deleitoso jardín y estando mirando en un estanque asomarse atrevidamente los peces a la cristalina celosía del agua a probar en otra esfera, quizá los ciertos ensayos de su muerte, reparó en que de repente se oscurecía el cielo, a lo menos por la parte donde él estaba; daba voces el aire contra los cipreses y arrojando las nubes,

truenos y relámpagos, empezaban a regar el suelo con diluvios de agua. Bien echó de ver Cloridano que por ser en agosto y aun no ser bien anochecido, era toda aquella tempestad artificiosa porque muchas veces había visto semejantes engaños en Milán, Florencia y otras partes, donde se es menester, fingen en una sala un mar entero. Pero la porfía del agua aunque fingida, era tan grande que le obligó a volverse a reparar a la misma puerta, por donde había entrado mientras se pasaba la fuerza de aquella nube tan bien imitada. Mas cuando ya iba resuelto a defenderse en ella, le detuvo el ver que en el mismo umbral se le puso un hombre vestido de soldado que con un arcabuz en la mano y su espada en la cinta, amenazaba a cualquiera que osase pisar la oscura senda de aquella puerta. Y si bien es verdad, que el príncipe tenía conocido que todo cuanto había en aquel palacio era supuesto, aunque verosímil, con todo eso, entonces estuvo muy cerca de engañarse porque viendo que el hombre se meneaba, creyó que sería verdadero y que Fénix le había enviado para que le diese la muerte en castigo de la ofensa de aquella tarde; y aunque por entonces le detuvo, no el miedo que los nobles no le tienen, sino el recelo de pensar el peligro en que estaba su vida. Con todo esto, viendo que el agua iba creciendo y que estaba empeñado en entrar aquella puerta, aunque hubiese otras, porque no se dijera en ningún tiempo que supo temer quien había nacido con sus obligaciones, sacando animoso la espada y terciando la capa al brazo, le dijo que le dejase pasar adelante porque importaba a su comodidad y a su reputación. Y como no le respondiese palabra, si bien harto decía con las amenazas, le dijo ya más colérico, “pues hombre, soldado o lo que fueres, si me tirares, procura acertarme porque si me yerras, por vida de Fénix que he de hacerte dos mil pedazos”. Y llegándose hasta la misma puerta, le dio muchas cuchilladas, imaginando siempre que si no le tiraba sería por no haber dado lumbre al pedernal, hasta que llegándose más cerca con ánimo de quitarle el arcabuz de las manos, vio que era todo de barro. Tanta era la sutileza con que estaba hecho que le pudo tener por un rato, no sólo confuso sino temeroso. Y como en este tiempo cesase la tempestad del agua, con que por un rato pudo el artificio levantar aquel testimonio al cielo, pues parecía que él solo podía ser, como siempre lo es, el autor de aquellos efectos. El príncipe se sentó en un escaño de verde hiedra, que por estar arrimado a la pared se había librado de la violenta fuerza del agua, hasta que viniese alguna persona que le guiase a su cuarto. Pero como oyese ruido hacia la puerta de una galería que estaba a su lado, temeroso de otro suceso como el pasado, se puso en pie, resuelto a todo cuanto le pudiera venir, si bien le aseguró bien presto de esto sobresalto, ver que venían hacia él, Ismenia y Serafina, que saludándole con mucha cortesía y encareciéndole juntamente el justo enojo con que estaba la princesa. Le advirtieron que importaba que se fuese con ellas a verla porque estaba bien cerca de aquella estancia, para que intercediendo todas con su Alteza, templase el rigor que contra él tenía. Alegrose el príncipe con las buenas esperanzas y con la visita de las hermosas damas, cuyos pasos siguió atravesando muchas salas y corredores de tan extraordinaria riqueza y arquitectura, que iba dentro de sí mismo confirmando cuan justamente llamaban encantado aquel suntuoso palacio, porque ya que no lo era, lo parecía, según el arte y costa de figuras con que estaba dispuesto. En una sala se veían con distintos instrumentos de músicas muchas hermosas y bien prendidas damas. En otra con espadas y broqueles, variedad de soldados que hacían un espantoso ruido, formando entre todos una, al parecer tan sangrienta batalla que a un mismo tiempo alborotaban y entretenían. Pasando por un corredor que caía al patio, en que primero estaba, salieron de todos los balcones tantos cohetes y bombas de fuego que apenas cabían en al aire, con ser una

ciudad tan dilatada. Más adelante había una sala grande sin que en ella viese cosa de seda, ni de yeso, sino pinturas de sumo precio, y otra toda de espejos diferentes puestos y labrados con tal artificio que cada uno hacía diverso rostro a una persona. En efecto, después de haber visto y admirado tantas cosas, llegaron al cuarto de Fénix, a quien pidió perdón el príncipe, prometiendo de nuevo obedecerla en todo cuanto le mandase. Y como en viendo el reo la cara de su príncipe, por derecho queda perdonado; Fénix, más a ruego de sí misma que de Serafina e Ismenia (porque quien quiere de veras no ha menester tercero), le perdonó y volvió a su gracia, advirtiéndole que su sentimiento no había sido por la licencia que se había tomado, sino por ser con tantos testigos, donde su recato y entereza corrían peligro si no hiciera con él aquella demostración.

“Si quien ama”, respondió Cloridano, “estuviera siempre prevenido de la cordura que debe tener, poca ocasión tuviera el amor de usar de la condición de Dios en el perdonar errores y atrevimientos. Poco ama, o hermosa Fénix, quien ama siempre tan ajustado a las leyes del entendimiento, que no reserve alguna osadía para la voluntad y poco ama también quien está siempre tan en los estribos de su respeto que no consiente como sea honesto un amoroso desenfado, y más sabiendo que procede de un afecto tan notable como grande. No viene mal aquí el ejemplo de aquel filósofo, que estando con toda su familia en unas fiestas públicas que hacía Roma, como un mancebo estuviese enamorado de una hija suya, aunque vio que lo notaba todo un vulgo, era tanto el amor que le abrazaba el pecho que sin atender a ningún inconveniente, tan ciego como enamorado, se llegó a ella y delante de todos la besó en el rostro. Viendo esta liviandad un hermano de la doncella, en defensa de su honra, sacó la espada y furioso se fue para él con ánimo de matarle, mas puesto en medio su padre le reportó y detuvo, diciendo, ‘tente, tente. Que si ésta es culpa que nació de amor y matamos a quien nos quiere bien, ¿qué dejamos para quien nos quiere mal? ’No hay duda sino que esta respuesta aunque parece discreta, fue poco honrosa y que este filósofo, o anduvo muy padre de este tiempo, o no se preciaba de muy colérico. Mas con todo eso sirven de ejemplo este y otros sucesos semejantes, para que cuando las demasías se fundan en voluntad, hallen buena acogida aun en los ojos de la persona contra quien se comete la culpa”.

“Pues no penséis”, replicó la princesa, “que habéis de salir perdonado, aunque más volváis por vuestra voluntad, sin alguna penitencia o castigo que satisfaga la ofensa cometida, porque una cosa es perdonar la culpa y otra satisfacer la pena. Lo primero, le tocó a mi liberalidad y al ruego vuestro y de mi prima Ismenia; mas lo segundo, a mi rectitud y así para cumplir con ella, habéis de escribir en castigo de aquella galantería, porque no me está bien llamarla atrevimiento, uno de los asuntos que vos mismo, más por suerte que por elección, os tomaredes”. Y sacando de un escritorio un libro dorado, le dijo que abriese por cuatro partes y que de ellas escogiese la que gustase para hacer una oración, que al siguiente día había de referir a ella y a sus damas, pues el cielo le había dado tan cumplidamente entendimiento y gracia para todo.

Obedeció el príncipe con mucho gusto teniendo a lisonja la penitencia, pues era tal que cuando Fénix no se la diera, él mismo la solicitara para tener más ocasión de agrandar sus ojos. Y así abriendo por la primera hoja, leyó que le había caído en suerte el formar un perfecto príncipe, con las condiciones necesarias a su dignidad. Y retirándose al punto de

su aposento, estudió y escribió aquella noche la siguiente oración, que a la mañana en presencia de Fénix y de todas sus amigas y damas, ocupando ellas un estrado y él en una silla, refirió de aquella manera.

“El sujeto que ayer me cupo, o bellísima princesa y discretas damas, pedía sin duda más tiempo, mayor espíritu y más delgada pluma, pero como sea cierto, que el empeñarme en acción tan heroica ha nacido más de mandato vuestro que de presunción mía, sirviéndome de disculpa la obediencia que os tengo jurada, diré a mi parecer en breves razones, qué costumbres y qué calidades debe tener aquél que ya por herencia o ya por valor propio, nace con obligaciones de gobernar y defender a sus vasallos. Y para esto se ha de suponer primeramente como cosa asentada que el señorío nunca tocó a los hombres, ni por ley divina, ni por ley natural. Por ley divina no; pues nacen todos desnudos, pobres y llorando, como en señal de que solamente los supremos dioses son príncipes del universo. Por ley natural tampoco, supuesto que por ella todas las cosas son comunes. De manera que solamente por ley humana y positiva se repartieron las jurisdicciones, eligiendo en cada república por gobierno político un señor de tan loables costumbres y públicos merecimientos que los pueblos libres por naturaleza, se le sujetasen de común consentimiento, haciéndole cabeza de aquel cuerpo y dándole dominio personal sobre sus acciones. Tirano se llama aquel que ni por sucesión de sus mayores, ni por elección de sus vasallos, sino por medios ilícitos, como son dádivas, engaños, crueldades, violencias y amenazas, consigue el reino que no le toca y el señorío que no le pertenece.

“Esto supuesto, él que fuere príncipe por ley humana debe ser como en la dignidad, tan superior a todos en las costumbres, que no sólo sea dueño de las haciendas, sino de las almas. Siendo en primer lugar tan religioso en las cosas divinas que nunca tenga descontentos, ni a los dioses en el cielo, ni a sus ministros en la tierra. Por esto dijo Posidonio hablando de la religión de los romanos que eran tan valientes con los enemigos como los religiosos con los dioses; y quizá lo primero procedía de lo segundo, que muchas veces la mala fortuna en la guerra tiene su principio no en el valor de los contrarios, sino en tener enojado al cielo por algunos descuidos considerables. A este propósito cuenta Plutarco que llevaba Sila en las guerras una imagen de Apolo en el pecho, cuyo retrato besaba y llamaba muy a menudo como su protectora, para alcanzar victoria de sus enemigos. Y de Lucio Albino refiere Tito Livio que mandó una vez a su mujer y a sus hijos se apeasen de una carroza porque acertó a llevar en ella una de las vírgenes vestales; ejemplo aunque gentil, que nos enseña el respeto que han de tener los príncipes a las cosas sagradas.

“Mucho importa también ser el monarca honesto, porque en siendo vicioso los vasallos pecan a su cuenta porque dicen que pecan a su ejemplo. Scipión Africano echó una vez de su ejército dos mil ramera. Y Claudio Marcelo queriendo dar el asalto a la ciudad de Siracusa mandó publicar por edicto que ningún soldado, pena de la vida, osase violar la pureza de las mujeres.

“No es de menos lustre en un señor la verdad en sus dichos y hechos, de suerte que se dé más crédito a una palabra suya que a mil juramentos de hombres particulares. Notable a

este propósito es el ejemplo de Arilio Regulo, que quiso más entregarse al suplicio de los cartagineses que romper la palabra que les había dado de volver a verse con ellos y el del rey Alejandro, que persuadiéndole Parmenón hiciese una cosa que aunque le estaba bien, era contra su crédito y palabra real, y respondió, 'si fuera yo Parmenón, yo lo hiciera, mas siendo como soy Alejandro, no puedo.

“No puede encarecerse con palabras cuanto importan en un príncipe soberano la magnanimidad, como fue la de Fabio Máximo, cuando en un encuentro que tuvo con los cartagineses, habiendo perdido el número de sus quinientos soldados y recibió una herida mortal en el pecho, envistió contra Aníbal con tan valiente ímpetu que antes que cayese muerto, le quitó la diadema de la cabeza.

“Así mismo debe de ser el príncipe constante en los trabajos corporales, como lo era Masinisa, Rey de Numidia; que siendo de noventa años, si era menester, traía los pies descalzos por la nieve sin rendir el ánimo a la mala fortuna, porque sabía muy bien que las desgracias por la mayor parte las envían dirigidos de los dioses a los varones grandes, como a personas capaces de resistirlas. Por esto es tan celebrada aquella entre las demás excelentes sentencias de Demetrio: *Para mí, dice, ninguno me parece más infeliz que aquél a quien jamás sucedió cosa adversa, porque a éste tal nunca se le permitió hacer experiencia de su valor, quizá porque estaba pronto dejarse vencer.*

“Cuanto a la observancia de las leyes, conviene que sea constante en las que hace y publica, si no es que sean tales, que traigan la soga arrastrando para su inobediencia; y así para huir este peligro conviene que se mire con mucho acuerdo lo que se determina como hizo Alejandro Severo, que jamás firmó constitución sin el consejo de veinte jurisconsultos doctísimos. No tuvieron los romanos de su parte para la duración de su monarquía, sino la puntualidad en obedecer las leyes, siendo tanta, que habiendo mandado Torcato (según refiere Valerio) que nadie saliese de las trincheras en busca del enemigo porque supo que su hijo había peleado contra esta orden aunque volvió vencedor, le condenó a muerte queriendo más usar con su sangre esta rigurosidad que consentir que se dijese que en Roma se permitía a los soldados violar las leyes que les ordenaban sus capitanes.

“Algunos quieren decir que no es loable en los grandes príncipes el cuidado de los estudios y profesión de buenas letras porque le divierte el valor que deben tener cuando se ofrece tomar las armas, como si implicase alguna contradicción la ciencia y la milicia, los libros y las lanzas; antes bien anda tan junto lo uno con lo otro que más se ayuda que se estorba. De Gordiano Emperador refiere Lulio Capitolino, que puso más cuidado en cursar las escuelas que en llegar tesoro a costa de la sangre de sus vasallos, y no por esto se descuidó en las cosas tocantes al gobierno, ni se dejó atropellar de sus enemigos en el campo. Antonio Pío no sólo daba salarios sino dignidades a los hombres doctos, haciendo particular cuidado de que los premios los buscasen a ellos y no ellos a los premios; que de buena razón la mayor diligencia para alcanzar el oficio no había de ser el solicitar sino merecerle.

“No hay duda, sino que la liberalidad es el más lucido esmalte que puede tener un príncipe entre las demás virtudes de que se adorna. Es la liberalidad atributo de Dios porque siempre nos está dando; pues algunos dicen que se deriva este nombre del mismo verbo que significa dar. Y supuesto que los reyes son retratos y espejos del mismo Dios, no hay duda que pues le imitan en el poder, le deban también remediar en el oficio. Y así, persuádense los grandes señores que aunque por su sangre lo sean, no han de ser tenidos por tales mientras a imitación de Dios no dieren y favorecieren a los que le sirven y se amparan de su grandeza. O qué bien enseñó esta doctrina Alejandro Magno, catedrático de Prima, de la liberalidad, cuando pidiéndole un hombre común cierto dinero, le dio una ciudad y replicándole él que recibía, que mirase lo que le daba, le respondió, ‘¡toma la ciudad, tómala luego, que si tú me pides como hombre humilde, yo tengo obligación a darte como Alejandro!’”.

“Y aunque es verdad que sea precepto del cielo administrar siempre justicia, tal vez conviene aflojar el arco, porque el pueblo no se desconsuele, que si Dios perdona sólo con pedirle misericordia, el rey que le substituye, también debe perdonar algunos delitos. Mas esto se ha de entender en casos que el perdón no sirva de escándalo a los ofendidos y den nuevas alas a los delincuentes, sino cuando las culpas son tales que engendran piedad en los que las oyen. La equidad principalmente es la que ha de presidir en las acciones y juicio del monarca, sin que los ruegos del valido, los favores de los deudos y las informaciones de los apasionados basten a torcerle; y más si hay parte que pida y sangre que dé voces. El verdadero juez ha de ser como el sol, que juntamente alumbraba a los valles y los montes, las sierras y los campos, a todos ha de castigar y para todos ha de haber justicia. Que no está contento el cielo cuando en las repúblicas solamente se ejecutan las leyes con los pobres y al revés cuando por ser el delincuente poderoso. Todos se glosan en su favor, su pecado es mérito, su mentira es verdad y su malicia es inocencia, porque a los ricos aun no por lo que dan, sino por lo que pueden dar, se les lisonjea. Que cosa es ver, cuando sucede un caso semejante, cómo el ministro disculpa, el letrado defiende, el fiscal desmaya, el procurador da voces, el escribano abona, el testigo miente y el juez sólo atiende a los descargos, sin darse por entendido de los delitos porque está el mundo tan codicioso que es necesario que el reo sea pobre para que cada uno como desinteresado haga bien su oficio.

“Finalmente, haciendo un epílogo de todo lo dicho, digo que el perfecto príncipe ha de ser religioso en el culto divino, honesto en las costumbres, verdadero en sus dichos, constante en sus hechos, magnánimo en sus estudios, recto en administrar justicia y piadoso sin torcerla, ni violentarla; y si a todo esto se juntare la hermosura en el rostro y la gallardía en la persona, sería de gran consuelo para los vasallos, porque la belleza exterior del cuerpo, fuera de que tiene correspondencia con la del alma, importa mucho en aquéllos que por fuerza han de ser adorados y vistos de todos, y por esto los indios elegían por rey de mejor cara y los etíopes daban el cetro a él que aventajase a los otros en la presencia”.

Admiró de manera al discretísimo auditorio la docta oración de Cloridano, que cuando no tuviera las partes que hemos dicho para ser querido, sólo la del entendimiento bastaba para hacerle amado de cuantos le tratasen. Y así viendo Fénix que tenía todas las

condiciones que había pintado en su imaginación para ser su esposo, se declaró con él y dio palabra de ser suya, con tan grandes muestras de voluntad que sintió casi con lágrimas que se cumpliera el término de los dos meses en que era fuerza salir del palacio. Mas viendo que no podía ser menos, se despidió de él con harto pesar de no poder declararle luego por rey de Tracia. Si bien le dijo que supuesto que era forzoso por estar empeñada de su palabra real, aguardar el día en que toda su corte esperaba que declarase por marido al príncipe que mejor que le pareciera, tuviese paciencia, pues ella la tenía, que quizá no le quería menos, añadiendo que para consuelo entrambos, le escribiese cada día, avisándola de su salud y de su voluntad, pues ya poco más o menos había echado de ver con cuanto gusto estimaría lo uno y agradecería la otra. Saliose con esto muy contento el príncipe, de verse tan favorecido de su hermoso dueño, cumpliéndola también la palabra, que no hubo día que no la escribiese en prosa y verso muchas veces, agradeciéndolo ella tan liberalmente que a todo respondía y correspondía, pues tal vez se dejó ver de noche, si bien con el reato debido a su real persona. Llegose en este tiempo el solemne día de su elección y después de haber precedido fiestas, músicas, y regocijos, estando en un trono que guarnecían alfombras, sedas y brocadas, acompañada de sus hermosas damas, deudas y señoras, y hallándose presentes cuantos grandes y títulos había en su reino, sin los príncipes que habían concurrido a esta pretensión, cuya fineza agradeció con grandes cumplimientos y cortesías. Señaló por el más dichoso y por el más digno de su belleza a Cloridano, a quien todos dieron la enhorabuena, alabando el buen gusto que Fénix había tenido, porque suele ser tanta la fuerza de la verdad que aun los mismos interesados la confiesan. Y así, para festejarle y dar a entender a todos que no les había pesado de su fortuna (que tal vez es tan discreta la envidia que sabe deslumbrar lo mismo que siente) trazaron un torneo de a caballo, que echando suertes entre los naturales y los forasteros, sobre quien le había de mantener, le cupo a Roselino, gran privado de Fénix y única amante de Serafina, el cual por mostrar cuánto la quería, hizo el cartel publicando que sustentaba que ella sola en el mundo (después de Fénix, a quien por su señora y por su hermosura, confesaba por única deidad de todas las gracias) era más bella y la más digna de ser amada. Divulgose el torneo por todo el reino, previniéndose todos los señores que tuvieron noticia de esta proposición para contradecirla, por estar aficionados de otras hermosuras y no querer pasar por el arrojamiento de Roselino. Y llegando el festivo día, adornado el teatro de ricas colgaduras y cubierta la plaza de señores y de toda suerte de gente, estando Cloridano y Fénix en sus asientos, Serafina al lado de sus altezas, y más adelante todas las damas por sus antigüedades, menos Ismenia, a quien un súbito accidente (según ella dijo) disculpó de no hallarse presente en ocasión de tanto gusto. Entró el mantenedor acompañado de todo lo mejor de la corte, de verde y nácar con lazos de oro y flores de lis de lentejuelas, armas doradas y un caballo que llamaban el Narciso, porque con más disculpa que el hijo de Liriope pudiera enamorarse de sí propio. Traía pintado un cielo claro, hermoso y resplandeciente, en que estaba presidiendo el sol como monarca de los demás planetas y enfrente de él, la luna adornada de infinitos rayos que la hacían, si no igual al sol, superior a las otras luces y una letra por mote que decía:

Si ha de escoger mi fortuna
una luz que en arbol
no la aventaja ninguna,

no habiendo de ser el Sol,
¿qué estrella como la Luna?

De plata y leonado, con las armas blancas, al son de varios instrumentos, entró en su seguimiento el galán Artemidoro, enamorado de Policena, aunque por entonces tan reñido con ella por unos celos, que ya tenía opinión de haberla perdido. La pintura era un corazón que hería su propio dueño como si no fuera suyo y la letra esta redondilla, que aunque antigua, vino a propósito para decir todo lo que quería y lo que sentía haberla enojado.

Después que mal me quisiste,
nunca más me quise bien,
por no querer bien a quien
vos, señora, aborreciste.

Tras él entró Alejandro, príncipe de Quersoneso, de morado y azul, cuajando el campo de memorias de oro y unas cifras del nombre de Clavela, a quien festejaba por galantería. No traía pintura ninguna, sino una letra que enfadado de lo que estaba el mantenedor sustentando, decía con alguna cólera.

Para mí, lo que yo quiero,
aunque no quiera la gente,
es lo mejor solamente.

Después de haber corrido [Alejandro], entró si no más rico que todos los demás, más galán que muchos, Rujero, secreto amante de Pinarda, porque el haber nacido pobre le tenía tan acobardado que apenas se atrevía a hacer las permitidas bizarrías del galanteo, teniendo a mejor fortuna el morir de corto que verse atropellado por desvalido. Venía de rosa seca y plata, caballo blanco y corpulento que parecía cuando se meneaba o que era monte de nieve con freno o risco de alabastro con alma. Las armas eran blancas y las plumas de los dos colores del vestido. Traía por pintura al amor ciego, lleno todo de lenguas y con dos candados en la boca, dando a entender que aunque con las palabras no decía su amor, con su silencio le publicaba, y cifrabase la letra en solos dos versos, que decían:

Haro dice,
quien calla y sirve.

A este modo entraron muchos caballeros, en cuyas lanzas sucedieron diversos accidentes conformes a la fortuna, y estando de cada uno, hasta que a todos suspendió un caballero que con armas negras y doradas y todo lo demás correspondiente a las armas, entró con su padrino y presentado la tarjeta, vieron que traía en ella pintado en corazón que dos manos partían por medio con violencia y por letra esta redondilla.

Con razón puedo temer,
porque aunque tenga razón,

un hombre sin corazón
fácil será de vencer.

Corrió con tan buena suerte las tres lanzas el disfrazado caballero que los jueces sentenciaron que era suyo aquel puesto, y así apartándose a un lado Roselino, envidioso de su destreza y de su valentía, le dio el lugar que él tenía; a tiempo que se presentó en la plaza con su padrino, un aventurero tan soberbio en el modo y en la persona que parece que miraba a su contrario como a vencido en profecía. Venía de dorado y nácar, bordado el campo con hilos de oro y hojuela de lo mismo, y traía por pintura la fábula de Dafne y Apolo con esta letra.

Si a los cielos no te subes,
o he de gozarte mujer,
o en árbol te has de volver.

Todos esperaron con atención el suceso de los dos aventureros, tanto por ver cual de los dos quedaba victorioso, como por saber quién fuese, porque hasta entonces ninguno de los circunstantes los conocía. Sucedió pues, que partieron entrambos con tanta furia que encontrando el caballero que había vencido a Roselino, en los pechos a su enemigo, le sacó de la silla con tanta fuerza que cayó por encima del caballo en el suelo, tan mal herido que aun no tuvo ánimo para sacar la espada. Alborotáronse con este suceso los caballeros que se hallaron más cerca y principalmente los padrinos que metiendo mano a las espadas el uno quería vengar al herido y el otro defender al victorioso. Ofendiose de esta acción Cloridano porque no guardaba las leyes de la contienda y así para apaciguarlos a todos, mandó al capitán de su guarda que los prendiese y trajera a su presencia para conocerlos. Mas viendo que los dos combatientes eran Aristeo y Meleandro, y que Meleandro era él que había caído tan desgraciadamente, que dentro de breves horas había muerto, hizo a buscar a Ismenia para darle tan alegres nuevas. Y como no la hallasen, ni en el palacio, ni en toda la corte, ella misma se descubrió diciendo que por saber que su esposo Aristeo había venido en busca de Meleandro, quiso acompañarle en aquella ocasión y servirle juntamente de padrino, para ver si llegaba a encontrarse con su enemigo. Mucho agradeció Cloridano la fineza de Ismenia, prometiendo de nuevo su favor si fuera menester para contra Arnaldo. “No será menester”, dijo Arnaldo, que era quien acompañaba a Meleandro, “pues yo me rindo desde luego a mi hermana como a mi reina y señora, para que juzgue mi delito y se castigue como quisiere, que bien sé que es grande y digno de cualquiera pena”. Mas ella aunque no le debía ninguna voluntad (tanto fuerza tiene la sangre) pidió a Cloridano y a su prima intercediese con Aristeo para que en ningún tiempo tratase de la venganza, puesto que la mayor era verle tan avergonzado. Súpose todo este suceso en Dalmacia y viendo Eduardo cuan mal había salido con sus intentos, se dio en melancolizar con tantos extremos que los años que eran muchos y sus tristezas que eran muchas más, le quitaron la vida, dejando por su sucesor a más no poder, Aristeo, como esposo de Ismenia. Las bodas se celebraron en Tracia, siendo padrinos de Ismenia y Aristeo, Cloridano y Fénix, y de Serafina y Roselino, Aristeo e Ismenia. Sucediendo a estas bodas la de Artemidoro con Policena, Alejandro con Clavela, Rujero con Pinarda, Lucindo con Aurora, Celio con Laura y Francelino con

Segismunda. Con que se puso fin a las fiestas y ahora le tendrá el Palacio Encantado que fabricó Fénix para su casamiento.

No puede encarecerse el gusto que tuvieron cuantos asistieron a esta fiesta, con la ejemplar, gustosa y entretenida novela que había referido Celio, dándole el lauro en la disposición de las materias humanas y divinas, con que se puso fin al precepto de este día, y se dio principio a la cena, sirviendo de ante este soneto que cantó un excelente músico, pintando las lágrimas de una dama:

Corre con pies de sonora plata,
huyendo de sí mismo, un arroyuelo,
y dando vueltas por el verde suelo,
con cinta de cristal las flores ata.

Cruza la selva y cándido retrata
cuanto encuentra su líquido desvelo;
pisa un jazmín, y vístese su hielo,
aja una flor, y mírase escarlata.

Así Clori en líquidas querellas
bajó como pintada mariposa,
un diluvio de lágrimas, o estrellas.

Tocó las flores de su cara hermosa,
y como el agua se detuvo en ellas,
unas veces fue nieve, otras fue rosa.